

REVISION DE LIBROS

Métodos de investigación en Psicología y Educación

Orfelio G. León e Ignacio Montero

Madrid, McGrawHill, 2003 (3ª edición)

Un buen libro es aquel que tras leerlo uno siente ganas de conocer al autor, de invitarlo a café, copa y puro y de presentarle a alguna prima lejana. Ustedes que, como yo, probablemente han leído algo más de lo que es obligatorio y algo menos de lo que es necesario, habrán experimentado repetidamente esta sensación. Al tiempo de escribir estas líneas no conozco ni a Orfelio León ni a Ignacio Montero y me gustaría hacerlo. Y les voy a decir porqué, porque diciéndoselo quizá explique más la naturaleza y el contenido del libro que de cualquier otra forma: Los autores tienen sentido de la realidad. Los autores tienen sentido común. Los autores tienen sentido crítico. Los autores tienen sentido del humor. Me explico.

Sentido de la realidad

Al modo antiguo, empieza el libro con un prólogo que reflexiona, justifica, y previene al lector de lo esta tercera edición trae de nuevo respecto de las anteriores. Para empezar, un cambio de nombre que acomoda los contenidos del libro a la denominación que estos tienen en resto del mundo: *Research methods*. Como bien señalan los autores, el anterior título «*Diseño de investigación en Psicología y Educación*» (1ª y 2ª edición), remite a una materia, «*Experimental design*», que trata de los modelos estadísticos empleados para el análisis de los datos. Y de esto, ahora explícitamente, no trata el libro.

Este, que pareciera un cambio sin importancia, no lo es. Llamar a las cosas por su nombre siempre conviene. El libro se titula «Métodos de investigación en Psicología y Educación» y, por consiguiente, para que no haya estafa conceptual deberá hablar de metodologías de investigación, de diseños, de formas de análisis estadísticos, pero también de Psicología y de Educación, y eso no es tan fácil: hay que saber Psicología. Gerontología, drogodependencias, método piagetiano, xenofobia son algunos de los muchos temas que, de forma natural, desfilan por el libro ilustrando formas de investigar en psicología y sus resultados. Buenos pedagogos saben que un ejemplo a tiempo ayuda a comprender, aligera el texto y motiva.

Pero hay más. ¿Se puede escribir sobre métodos de investigación sin conocer y decir nada sobre teoría de la ciencia? Creo que no ¿Se puede escribir sobre el conocimiento científico sin una breve contextualización epistemológica? Creo que no ¿Se puede escribir sobre investigación sin hacer ninguna referencia a los pro-

blemas éticos y sociales que conlleva? Creo que no ¿Es compatible un buen manual de metodología con un racionalismo pedestre, por no hablar de analfabetismo filosófico, científico y cultural? Creo que no. Afortunadamente, los autores del libro, evitándonos un pedregal, tampoco lo creen. Se hablará en él del conocimiento, de Popper, de Lakatos, de cómo hacer un informe de investigación, de la normativa APA, de los problemas éticos de la investigación con individuos clónicos, de si lo cuantitativo versus lo cuantitativo, o todo lo contrario, etc. El grueso seguirá siendo, como es de razón, las metodologías de investigación (observacional, encuestas, cualitativa, experimental, caso único, cuasi experimental y «ex post facto») pero, reiterémoslo, debidamente aliñadas.

Sentido común

Imagínense encontrar una gran piedra e incrustada en ella una mandíbula. Imagínense que tras indagaciones diversas terminan descubriendo que es de un *Dicerorhinus hemitoechus*, una especie de rinoceronte extinguida hace 30.000 años. Imagínense que en una mañana soleada de mayo, paseando por el rastro, ven una moneda que en el anverso lleva la estrella de David y en el reverso una cifra: 1259. La compran, creen que es una moneda judía del siglo XIII, pero en realidad es un falu marroquí de 1885. Imagínense que todos los días se cruzan con una estupenda señorita... ¿No es esto el armazón básico de la investigación?: Un problema y la búsqueda de una solución. En última instancia, la investigación científica no es más que una forma refinada de solucionar los problemas que conlleva el estar vivo. Esto que, creo yo, es puro sentido común, quizá no sea nada evidente para los metodólogos que solemos creernos más imprescindibles de lo que somos. Ya lo señaló Kuhn, el de la estructura de las revoluciones científicas, de una manera tan sarcástica como rotunda: a hacer buena investigación no se aprende leyendo manuales de metodología sino estudiando investigaciones exitosas. Debiera unirse a esta apreciación que remite al mundo, otra que remite al individuo, y que señala a la creatividad como la variable psicológica más importante a la hora de predecir buenas investigaciones. Desgraciadamente, el conocimiento mecánico del cálculo matricial no predice nada más que conocimiento mecánico del cálculo matricial.

A la asunción implícita de esos principios reguladores, *Métodos de investigación en Psicología y Educación*, une algunas virtudes más. Ha sido escrito, y se nota y mucho, desde una reflexión sobre objetivos (para qué va a servir), sobre contenidos (qué incluir), sobre modos (cómo se expondrán) y sobre lectores (a quién va dirigido), que le hace ser un libro sensatamente regido por los límites que determina responder a las anteriores cuestiones, y por principios de sensatez como el de Kuhn. Diremos que aunque su público natural son estudiantes de Psicología y campos afines, es lectura recomendable para cualquier persona que busque información sobre los contenidos que describe su título, y en lo posible, disfrute.

Sentido crítico

Hagamos todo lo que nos manden, no pongamos nada en duda. Miremos a nuestros mayores, que conocen todo lo que ha ocurrido y va a ocurrir. Qué buenos son, en su generosidad, cuando nos castigan. Sigamos al rebaño.

Diario de un esclavo

El principio de autoridad y la investigación científica están reñidos, de igual manera que la fe y las creencias religiosas van de la mano. Hombres de ciencia y de conciencia, los autores hacen la siguiente declaración de principios: «Un libro universitario -creemos- debe ser una herramienta heurística que ayude, dinamice, provoque, oriente tanto al profesor como al alumno, pero nunca que sustituya la crítica, la lectura comparada, la ampliación con otros materiales y, sobre todo, la puesta en práctica de una materia destinada a la práctica.» (Pág. xv). El libro, doy fe, responde y cumple con este planteamiento. Alejado por igual de los recetarios y de los catecismos, tiene el suficiente respeto al lector para crearle dudas, para incitarle a profundizar y a reflexionar, para darle las riendas (que siempre tiene aunque hay quien no se entera) de hacer lo que quiera y hasta de irse con viento fresco a cualquier otra parte. En su afán de mejorar y crecer, y de hacerlo críticamente, en esta tercera edición los autoras han terciado en la polémica entre lo cuantitativo y lo cualitativo, uniendo su texto al grupo de manuales en castellano (Navas Ara, 2001), que en un acto de justicia y de inteligencia, incluyen las metodologías cualitativas dentro de sus contenidos. Ya era hora, que creo yo, por llamar a las cosas por su nombre, que las metodologías cualitativas han sido los judíos de las metodologías de investigación que se enseñan en las Facultades de Psicología de España. No está de más volver a Sefarad.

Sentido del humor

Pudiera parecer que escribiendo sobre metodología el sentido del humor está demás, o en todo caso, que ni quita ni pone. Craso error, el sentido del humor siempre suma, y en todo. Podríamos definirlo, siguiendo a Bryce Echeniche (2002), como la capacidad para estar sobre dos conceptos opuestos a un tiempo y disfrutar con ello; una especie de bilocación conceptual. Por tanto, sentido del humor, flexibilidad e inteligencia van indisociablemente unidos. Y ya me dirán ustedes, si la flexibilidad y la inteligencia no tienen que ver con la investigación, qué es lo que tiene que ver. Curiosidad sana, inteligencia, sentido del humor y ética es un cóctel perfecto para investigar. No insistiremos en ello.

Al paio de esto, y en la certeza de que Orfelio León e Ignacio Montero lo superarían con creces, me permito sugerir a los editores la necesidad de pasar algún test a los candidatos a autor para ver si tienen sentido del humor. Como el sentido del humor o se tiene o se carece por completo de él, con un solo ítem bastaría. Por ejemplo, el siguiente:

Las gallinas ya están hartas de denunciar en las comisarías que la gente les roba sus huevos.

Si tras leer esta greguería de Ramón Gómez de la Serna, el candidato no sonrío, el editor debiera decirle: mire, usted perdona, pero no tiene sentido del humor y no podemos editarle el libro. No

sabe el mundo editorial, con esta sencilla prueba, la de sufrimiento que ahorraría al mundo.

Sólo una cosa echo de menos

Que un texto tan actual, y en cierto modo, vanguardista, no facilite en mayor medida puentes al inagotable flujo de información que es hoy Internet.

http://www.psico.uniovi.es/Fac_Psicologia/w3doc/disenyos_aplicados/

Bien poco es.

Como término, señalar que los autores aparecen en bermudas, con una sierra al fondo y aspecto de «Al filo de lo imposible». Diré, ya que soy psicólogo, que esto, sin duda, se tiene que deber al alto aprecio que sienten por los deportes de montaña, unido a un loco afán de disfrutar con lo que hacen y de darlo a conocer a los demás. Vamos, una auténtica locura. Yo no sé lo que pretenden estos señores, pero muchísimas personas, muchísimos lectores, muchísimos alumnos, debieran agradecerles esta bocanada de aire fresco. Qué cunda el ejemplo.

Referencias

- Echeniche, B. (2002). *Del humor quevedesco a la ironía cervantina*. Oviedo: Universidad de Oviedo (edición no venal).
Navas Ara, M.J. (2001). *Métodos, diseños y técnicas de investigación psicológica*. Madrid: UNED.

Revisado por:

Ángel M. Fidalgo Aliste

Universidad de Oviedo

.....

Psicopatología psicoanalítica. Un enfoque vincular

Carlos Rodríguez Sutil

Madrid, Biblioteca Nueva, 2002

Esta Psicopatología Psicoanalítica se articula en tres partes bien definidas, yo diría que cada una de ellas casi una obra diferente, con sus defectos y sus virtudes. La primera se centra en la revisión de conceptos fundamentales de la epistemología psicoanalítica y me parece la más profunda y original. Se nota el uso preciso y fructífero que ha hecho el autor de su formación filosófica a partir, principalmente de Wittgenstein, pero con sustanciosas referencias a Ortega, Heidegger o William James. Su anterior obra «El Cuerpo y la Mente. Una Antropología Wittgensteiniana» está aquí presente, sin ser esto una repetición de aquello, sino una aplicación a la teoría energética de las pulsiones, optando por el enfoque hermenéutico, y reformulando, de paso, constructos nucleares como el yo, el inconsciente y el aparato psíquico. El autor aporta la versión externalista o relacional, llamémosla «vincular» (Pichon-Rivière, Bleger, Kesselman), «interpersonal» (Mitchell, Stolorow, Orange), u «objetual» (Fairbairn, Kernberg) de cada uno de esos conceptos.

La crítica o delimitación epistemológica propuesta permite visibilizar la imagen corregida del complejo de Edipo y de castración, tan relevantes para la teoría clásica de las neurosis, y alcanzar una nueva teoría de las emociones, cuestión sorprendentemente tan poco explorada en la literatura psicoanalítica. Esta parte termina colocando el concepto de deseo en un lugar central para explicar la motivación humana, frente a la necesidad de las teorías biologicistas, y recuperando la pulsión de muerte o deseo de muerte, en contra de la postura habitual en los teóricos posteriores a Freud – excepción hecha de Melanie Klein y de Lacan-. La confirmación de la pulsión de muerte habría merecido, para mi gusto, un tratamiento más extenso y crítico. Lo que Rodríguez Sutil nos aporta es a menudo excesivamente sintético y hasta aforístico, aunque se le puede entender si se está al tanto de la literatura pertinente a la que hace referencia.

Después de la lectura de esta primera parte se desearía que el autor hubiera completado una Epistemología Psicoanalítica, algo que tal vez, de momento, no se ha decidido a realizar.

La segunda parte surge, sin embargo, como un producto más tradicional y semejante a otras exposiciones clásicas (véase José Rafael Paz o Szpilka). Se nos ofrece una descripción ágil y didáctica de la teoría clásica, freudiana y kleiniana, sólo modificada en parte para adaptarse a los supuestos externalistas enunciados en las primeras páginas. O bien esta nueva perspectiva no requiere la revisión completa de la psico(pato)logía psicoanalítica o Rodríguez Sutil no la ha llevado aún a cabo. Me parece meritoria la descripción evolutiva de los mecanismos de defensa y la argumentación sobre las posiciones desde la psicopatología vincular y sus angustias correspondientes. La implantación de la función simbólica pasa a ocupar el puesto influyente que tuvo el Edipo en Freud. Deja mucho que desear, sin embargo, el estudio de algunas patologías, sobre todo los trastornos psicósomáticos y las perversiones, pues-

to que se limita a un compendio acertado de la doctrina freudiana, a veces con añadidos desde el pensamiento kleiniano y lacaniano, pero sin revisar otras muchas aportaciones, hoy por hoy ineludibles. Tal vez esta parte sea la prueba de que una obra de estas características necesita el concurso de varios colaboradores y un mayor volumen.

Llegamos, por fin, a la tercera parte donde se articula una teoría psicoanalítica de la personalidad y una clasificación de nueve «prototipos» en cuya articulación confluyen las tres posiciones y las dos fuentes pulsionales. Es una de las elaboraciones más originales de Rodríguez Sutil, aunque para nosotros no la más novedosa, pues ya viene apareciendo sólo con refinamientos de detalle en trabajos suyos de quince años atrás. No obstante es posible que muchos lectores la desconozcan por no haber sido publicada en inglés y que su estudio les resulte provechoso. Acaso me produce alguna insatisfacción que la afirmación, varias veces repetida, de que la personalidad se manifiesta especialmente en el campo de la relación interpersonal no se concrete después en la definición de cada uno de los prototipos, a mi gusto excesivamente «intrapsíquicos». Un consejo que le ofrezco al autor es que ilustre su teoría de la personalidad con el añadido extenso de casos clínicos, lo que permitiría más penetración de las descripciones interpersonales. Y esto, ya para terminar, sería generalizable a todo el libro que parece el esbozo de una obra más amplia, que duplicaría el número de páginas, aunque la moda actual sea la brevedad. Esto sería el mejor halago que se puede hacer de este libro: despierta nuestro interés más vivo, responde a algunas de nuestras preguntas, hasta ahora no resueltas, y nos deja con unas importantes ganas de más.

Revisado por:

Antonio García de la Hoz
Universidad de Salamanca